

Me-ti y Lai-tu (Un amor distanciado)

Esta obra relata la historia Ruth Berlau, la mujer con la que Bertolt Brecht mantuvo una intensa relación de amor y de trabajo desde 1933 en el exilio de Dinamarca, donde ella ya era conocida como actriz, periodista y directora de un teatro obrero que había fundado. Brecht más tarde hablaría de ellos en sus relatos de El Libro de las Mutaciones, donde se llamaría a sí mismo Me-Ti y a Ruth Lai-Tu, como paradigma del amor, "el amor como producción". En los Estados Unidos, tiene un hijo con Brecht. En los últimos años ya en la Alemania de posguerra, debido a que Brecht se distanció de ella, la relación sufre una fuerte crisis. Cuando éste muere en 1956 el aislamiento de Ruth Berlau aumenta todavía más. Su mala salud la obliga a ingresar en una residencia para perseguidos del régimen nazi. Allí muere asfixiada por el fuego provocado por su cigarrillo en la noche del 15 al 16 de enero de 1974.

Ruth: - Hola. Mi nombre es Sofía. Algunos estarán acá porque me conocen y otros por razones tan diversas como discutibles.

Mientras que unos dirán azar, habrá otros que levantarán la voz inmediatamente diciendo que tal cosa no existe, y en seguida nos explicarán que la vida es pura causalidad y que su haber llegado hasta acá, es el producto de una larga cadena de eventos cuyo comienzo es difícil de precisar. Acto seguido hablarán los que explican la vida por el determinismo. Aquellos que tienen Fe, por ejemplo, y argumentarán apasionadamente a favor de la existencia de un destino prefijado en todo y para todos, forjado por una fuerza o una inteligencia superior y cuyo camino y fin nos está vedado tanto evadir como comprender y frente al que solo podemos actuar.

Y, a mí, quiero que lo sepan, me da exactamente lo mismo lo que ustedes crean. Porque me importan un pito las razones que los hayan traído a este lugar, y porque además dudo bastante de sus motivaciones burguesas. Porque lo que de verdad creo, es que están acá atraídos por una curiosidad morbosa más que por argumentos teológicos sobre el destino de los hombres.

Ustedes vienen a ver a Ruth. A la otra. A la amante del famoso Bertolt Brecht. A esa puta que arrastró su cuerpo al lado del suyo durante veintidós años y seis países diferentes.

Vienen por el llanto de la abandonada y por la justicia de la desterrada, vienen a que yo, Sofía, hoy Ruth, les de certezas de que sus mezquinas vidas son correctas. De que ustedes, por suerte, no son yo.

REVISA FOTOS VIEJAS ELIGE UNA. ES UNA FOTO DE SU MADRE.

Bueno. Si les parece, podemos empezar por dos eventos casi simultáneos en mi vida que ustedes van a disfrutar muchísimo

Tenía... trece años en 1919 cuando me comprometí y me embaracé. Era ilegal estar embarazada siendo menor de edad en Dinamarca. Solo se lo pude contar a mi hermana, y cuando volvimos a casa después de visitar a una hacedora de angelitos que estaba dispuesta a sacármelo pensando en cómo conseguir la plata, ahí mismo fue que encontramos a mamá tirada en el suelo de la cocina con las venas cortadas. Siempre fue una perfeccionista obsesiva la vieja, así que, además, como para estar segura de la eficacia del intento, completó el combo abriendo la llave de gas de la cocina mientras su sangre en el piso formaba un lago estéril de vida en el que ella parecía nadar plácidamente.

-¡Mamá la puta que te parió! Le grité mientras me miraba con ojos acuosos, como de vaca, abriendo y cerrando la boca igual que un pescado que da las últimas bocanadas de vida buscando algo que no encuentra. Ya sea aire o un destino más feliz.

QUEMA LA FOTO EN UNA VELA

Dejamos un rastro de sangre mientras la arrastramos por toda la casa hasta la puerta. Creo que mi hermana llegó a dejar una nota que decía: Mamá en el hospital, donde llegó mi viejo dos horas después completamente borracho.

¡Quiero que entiendan quien soy! ¡Quiero que me conozcan carajo! ¡Necesito que abandonen todos los prejuicios literarios que tengan sobre mí! No saben nada de mí vida porque en el programa de mano se cuente mi biografía en cuatro líneas. Mucho menos porque el estúpido dramaturgo que escribió estas palabras llenas de una tibieza que no me representa, esté también, como ustedes, mucho más interesado en Brecht que en mí misma.

Voy a saltar sobre la mentira, voy a salirme de la obra que esperan ver, voy a superar al director, al dramaturgo y a ustedes para poder contar mi verdad, la mía. La que no es una traducción de una verdad de Bertolt, ni tiene su supervisión, ni está contaminada por nada o por nadie.

Vendí café para vivir y ayudar a mi hermana con sus estudios. Trabajé en el consultorio de un dentista que quiso casarse conmigo. ¡Un dentista! Lo más parecido a un perverso o a un sádico que puedo imaginar es alguien que elige pasar su vida metiendo sus manos y sus narices en la boca de la gente mientras les infringe dolor.

¿Hay algún dentista en la sala? De verdad. Me encantaría que nos contara a todos sus motivaciones, porque a lo mejor son válidas y yo hablo desde el prejuicio. ¡Vamos! ¿Ninguno?

APARECEN EN LA PROYECCIÓN IMÁGENES DE UN VIAJE EN BICICLETA Y DE PARÍS.

SE TIRA SOBRE LA CAMA CON UN CUADERNO DE NOTAS Y UN LÁPIZ.

Harta de Copenhague y del dentista me fui a París en bicicleta. Un diario amarillista me pagaba veinticinco centavos por línea que escribiera como diario de viaje. ¡Veinticinco centavos, hijos de puta! Y terminó siendo odiosamente aburrido porque me la pasé más calculando la cantidad de palabras que tenía que inventar que disfrutando de ninguna de las aventuras con las que había fantaseado.

APARECEN EN LA PROYECCIÓN IMÁGENES DE MOSCÚ.

De ahí fui a Rusia en bicicleta, financiada por el mismo diario que ahora me pagaba bien porque estaban convencidos que los bolches me iban a violar y a torturar hasta aumentar las ventas, sin embargo, justo en Moscú, se celebraban unas olimpiadas teatrales a las que empecé a ir todos los días. Las únicas notas que mandaba al diario eran sobre teatro a lo que respondieron mandando al embajador Danés a verme para que me tomara un avión y volviera inmediatamente a Copenhague. No supe más del director del diario después de la breve nota que le hice llegar con el embajador: ¡Chupame el culo!

ROMPE UNA HOJA CON LA NOTA Y LA TIRA

Tres meses me quedé en Rusia.

SE VEN EN LA PANTALLA UNA SERIE DE FOTOS DE BERTOLT BRECHT. ELLA TOMA UNA SILLA, LA ARRASTRA Y LA UBICA EN MEDIO DEL PÚBLICO DONDE HABLA.

Lo primero que me llamó la atención de él fueron sus ojos. Creo que nunca había visto hasta ese momento ojos de poeta. No son ojos como los del resto de los mortales. Llevan mensajes que algunos otros ojos comprenden. Risueños y tristes. Y aunque fueron los que tanto me hicieron sufrir después, hoy, aun sabiendo lo que sé, volvería a hacer todo lo que hice por y para ellos.

Yo les juro, que tanto yo Ruth, como yo Sofía, podría dar la vida por ver lo que vi debajo de una sencilla mirada. La alegría infinita de la vida, la tristeza ancestral de la especie, la honestidad de los enamorados que ya todo lo perdieron en la entrega, la furia inagotable de la lucha, la indignación más digna en la injusticia.

SE LEVANTA Y ARRASTRA LA SILLA DE VUELTA AL ESPACIO ESCÉNICO.

Es inhumano, imposible, inevitable no enamorarse de la pasión misma cuando una la mira a los ojos, cuando la rozan su pluma o su lengua.

APAGÓN

EN UNA SILLA RUTH SENTADA ARRIBA DE BRECHT ESCRIBE EN UNA HOJA DE PAPEL. HAY UNA PILA SOBRE LA MESA. LOS DOS RÍEN MUCHO.

Ruth: - Yo, si alguna vez decidiera robar sería como él. Solamente le robaría a los que tuvieran mucho y únicamente lo estrictamente necesario para vivir, incluso creo que les dejaría una nota pidiéndoles disculpas. ¡Eso!

ESCRIBE: Les dejé una nota pidiendo disculpas.

Bertolt: - Vos no podrías robar.

Ruth: - ¿Vos qué sabés?

Bertolt: - Tu doble moral burguesa te lo impediría.

Ruth: - Yo robaría por vos.

Bertolt: - Me parece muy bien. Si esperás que por eso esté orgulloso te equivocás, igual que cuando hacés un planteo moral al respecto, aunque sea mentalmente. Nadie es culpable del crimen de construir el capitalismo. Son, por así decir, desastres naturales como el cáncer o la tuberculosis, evidentemente desastrosos, pero no el resultado de la maldad.

Ruth: - Yo iría presa por vos.

Bertolt: - Dale. Sigamos. ¿Dónde se va después de robar la plata?

Ruth: - ¿Qué te pasa qué estás tan apurado? Después de robar se va al modesto restaurante de su barrio en donde se permite un festejo cada vez que roba pidiendo el menú del día con vino de la casa.

ESCRIBE

¿Estás extrañando a Grete ya?

Bertolt: - Estoy acá con vos Ruth. ¿No alcanza?

Ruth: - Nunca alcanza.

Bertolt: - Pero primero pasa a buscar a la novia. Esta vez robó 200 más para comprarle un par de zapatos porque los de ella están completamente inservibles hace meses y él lo notó.

Ruth: - ¿Ves que cuándo querés sos un romántico?

Bertolt: - No tiene nada de romántico, es completamente práctico. No se puede ir a ningún lado sin zapatos.

Ruth: - Y cuando querés esconder ese romanticismo detrás de argumentos intelectuales me gustás más todavía.

Bertolt: - Te agradezco, pero no escondo nada. Él la necesita a ella, ella necesita zapatos y los dos necesitan trabajar juntos para conseguir lo que quieren. Para preservar el amor los amantes necesitan un "tercer componente", una causa común.

Ruth: - En nuestro caso Grete ya sería el cuarto, si contamos a tu esposa, claro está.

Bertolt: - ¿Podés dejar a Grete en paz?

Ruth: - Si vos lo hacés primero, yo no tengo ningún problema.

Bertolt: - ¿Podemos seguir?

Ruth: - Y también me gustás más cuando consigo fastidiarte.

Bertolt: - Prometimos que el amor que sentimos mutuamente siempre tendrá preferencia. Es un 'amor necesario'. Acordamos que los dos podemos tener tantas aventuras, tantas relaciones sexuales, como queramos. Pero debemos contarnos todo uno a otro sobre estos amores contingentes. No se puede ocultar nada. Debemos ser completamente transparentes el uno con el otro. Nuestra alianza será inquebrantable.

(RUTH EMPIEZA A BESARLO)

Ruth. Así no puedo concentrarme.

Ruth: - ¿Eso es un reto para que pare o un estímulo para que siga?

Bertolt: - Ruth...

Ruth: - No me llames. Ya estoy acá

LO ARRASTRA HACIA LA CAMA. SE QUEDAN INMÓVILES Y CONGELAN UN GESTO.

LUEGO A PÚBLICO.

Bertolt: - Resolver la ficción de una escena de sexo en teatro siempre ha sido una dificultad.

Ruth: - Además, mi tía Berta puede estar entre el público y es una señora mayor ya e impresionable.

Bertolt: - Por otra parte la intención de este breve momento era...

Ruth: - Es

Bertolt: - Es ficcionar nuestro imaginario sobre el posible cotidiano de Berlau y Brecht cuando ella alquiló en 1937 una casa de campo en la que ambos pasaron ocho días

JUNTOS A PÚBLICO: - Escribiendo una obra de teatro

Bertolt: - Y desde un punto de vista burocrático, una excusa para que nuestra obra no entre en la categoría de unipersonal, que siempre y de manera injusta, la desvaloriza un poco e impide pedir algunos subsidios que realmente necesitamos.

Ruth: - Creemos haber cumplido entonces con la intención de la escena. No obstante si alguien tiene algún comentario o queja que crea pertinente hacer, lo escuchamos.

Bertolt: - ¿No? Bien. Sigamos entonces.

BRECHT VA HACIA LA PLATEA Y SE SIENTA ENTRE EL PÚBLICO EN UN ASIENTO VACÍO.

RUTH SE PONE UN ABRIGO Y RECOJE UNA VALIJA Y SE SIENTA DE CARA A LA PARED.

Ruth: - No sir. I am not have ever been a Communist Party member. Yes sir, I have where to stay and have a sum of one thousand dollars. Thank you very much, gentlemen. I'm very happy to have come to America.

SE QUITA EL ABRIGO

¡Yanquis de mierda!

Era 1941 y después de viajar tres meses en el mismo camarote junto a Brecht y su familia desde Rusia buscando un destino lejos de Hitler llegamos al país de las oportunidades y la libertad, siempre y cuando una no fuera comunista, claro.

Brecht se fue derecho a Hollywood (A PÚBLICO RIENDO) claro que él lo llamaba Santa Mónica, a una casa señorial que un famoso actor alemán le había conseguido. Yo lo seguí un par de días después y alquilé una habitación cerca de su casa.

A partir de ahí, todo se trató de conseguir dinero. Bertolt firmó un contrato con una productora en donde me pagaban también a mí un sueldo como su secretaria. Nosotros creíamos saber lo que era un productor de cine, sin embargo, no necesitamos mucho tiempo para darnos cuenta que en realidad no eran más que accionistas de empresas queseras o de plantaciones de café que solo querían multiplicar su fortuna financiando películas. Era gracioso ver a Brecht acalorado intentando debatir cuestiones estéticas con un empresario que solo entiende de dinero. No se lo pueden imaginar. ¿Verdad?

TOMA LA VALIJA Y EMPIEZA A DESEMPACAR.

Después de un año de fracasos continuos decidí que quería conocer nueva york. El departamento Danés de la oficina de información de guerra, me ofreció hablar por radio para Dinamarca y después de una prueba, quedaron felices con la trasmisión y me ofrecieron un contrato. Inmediatamente le escribí a Bert avisándole que había conseguido trabajo en nueva york y que en cuanto alquilara algo lo esperaba.

Tardó medio año en aparecer, pero se quedó cuatro meses conmigo en el pequeño departamento que alquilaba en donde vivimos de mi sueldo.

Fue una tarde en la que nos visitó Korsch, un filósofo alemán marxista hasta la médula quien debatía (y enseñaba creo yo) a Bertolt, aunque el cariño mutuo era innegable, y al que después de horas de acaloradas palabras acerqué hasta su casa. Cuando volví, encontré a Bert feliz y dándose un banquete de queso y prensa.

No había terminado de sacarme el abrigo cuando sonó el teléfono. Era el médico que me había recomendado Elisabeth, una amiga actriz Vienesa que estaba haciendo temporada en nueva york.

El doctor me informaba que tenía en su mano mis análisis de sangre y me confirmaba oficialmente que estaba embarazada.

CORRE HACIA BRECHT ENTRE EL PÚBLICO Y SE ABRAZAN.

- ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! ¡Voy a ser mamá! ¡Una mamá enorme, orgullosa y feliz! ¡La mamá del hijo de Bert!

VUELVE HACIA LA MESA.

Me senté tranquilamente en la mesa y a pesar del pánico se lo conté a Bertolt. Vi la felicidad en sus ojos y allí mismo decidimos los nombres:

CORRE NUEVAMENTE HACIA BRECHT Y SE TOMAN DE LAS MANOS.

LOS DOS: Suzzane

Ruth: - Si es mujer y si es varón... Michael.

Bertolt: - Como el chico del Círculo de Tiza.

VUELVE A ESCENA

Ruth: - Siempre me pregunté sobre el instinto maternal. Había llegado a mis treinta y seis años sin sentir la necesidad de ser madre aunque no sin vivirlo llena de culpa tantas veces, como una falla en mí, como algo que no estaba bien y debía arreglar.

Es evidente, Darwin de por medio, que hay un instinto de preservación de la especie y que eso genera una tendencia a procrear. Pero también siempre me resultó obvia la manipulación y dependencia cultural y política de la natalidad. Viví un cuarto de mi existencia en un mundo en guerra de todos contra todos y en donde los países alentaban a sus ciudadanos a tener tantos hijos como pudieran, lo que resultaba en tener la mayor cantidad de soldados como fuera posible y paliaba, además, la muerte de miles de hombres en el frente que no tendrían descendencia alguna.

VUELVE A EMPACAR TODO EN LA VALIJA.

En Junio me volví con Bert a los ángeles y en septiembre me internaron. “Un pequeño tumor” me dijeron en el hospital Cedars of Lebanon. Ya sé que no les dice nada el nombre, pero es un edificio hermoso de estilo art decó, ubicado frente al Teatro Chino, sí, donde se entregan los Oscars y que con los años se convirtió en una sede de la iglesia de la ciencia. Esa donde el pelotudo de Tom Cruise pierde sus millones, a la que John Travolta reivindica y la que perdió un juicio en Francia por robarle a la gente. ¿No es divertido: Yo muriéndome de cáncer con un hijo prematuro en mi vientre entre tanto glamour?

SE QUITA LOS ZAPATOS Y SE ACUESTA EN LA CAMA.

En la habitación 314 nació Michael. Era muy chiquito. No sabía contar. No contó que le faltaban dos meses para nacer ni pudo contar que tenía los días contados. Le sobraron los dedos de una mano para festejar su paso por el mundo. No conoció a mamá más que desde adentro, porque mamá era perezosa y no se le daba ni por respirar en esos días y estaba atada a una

máquina que respiraba por ella. A papá no llegó a verlo aunque el sí lo vio. De lejos, y con tres vidrios mediante, apenas pudo distinguir una pequeña forma incubada que por tres días se llamó Michael.

Desperté del coma con una carta al lado que decía: Amor, estoy tan feliz de que estés luchando tan valientemente. No pienses que no quiero verte cuando estás enferma. Sos hermosa también entonces. Vengo mañana antes del mediodía. Tuyo, Bertolt.

Pero lo único real y concreto que yo tuve de Bert se había ido. No era un poema, no era una obra de teatro ni una promesa. Era nuestro. De los dos. Un fruto, un resultado, una consecuencia, un tercer componente, una causa común que duró solo tres días.

Apenas pude tolerar mi cuerpo en pie y la culpa de no haberme ido yo con él, volví a nueva york. No tengo un recuerdo nítido de esos días, todo viene como una bola confusa de vivencias.

Nos despedimos con Bertolt con la promesa de fidelidad mutua, promesa que yo rompí al poco tiempo con un amigo Danés que conocí en nueva york. No sé bien porque lo hice. Ni sé bien porque hice casi nada en esa época y lastimé a Bert al hacerlo, queriendo o no, no estoy segura. Me acuerdo que escribió un poema que se llamaba: El escritor se siente traicionado por un amigo, que decía cosas como

Lo que un niño siente cuando su madre se va con un hombre extraño.

Lo que un pintor siente cuando su modelo desaparece y la pintura jamás será terminada.

Todo se vuelve vorágine a partir de ahí, fragmentos confusos como trozos inconexos de una película.

Me recuerdo entrando a la oficina de guerra gritando a mis compañeros:- (ENTRE EL PÚBLICO) Ustedes no saben quién soy yo. Soy la puta de un escritor famoso, la esposa de repuesto de un dramaturgo reconocido.

Llegué a lastimar a Ida, mi compañera de departamento. Habían pasado dos días de la navidad cuando una mañana empecé a zamarrearla gritándole que yo era una puta. Que bastaba que llamasas puta a una mujer para que se volviera una puta. Y que yo, me había vuelto una. Ella llamó al doctor al que le partí una silla en la cabeza y luego a un amigo de Brecht que a su vez llamó a la policía.

Entre todos me arrastraron hasta el Hospital Bellevue en la primera avenida donde me internaron pese a mis gritos y a mis forcejeos.

SE QUITA LOS ZAPATOS Y SE PONE UNA BATA BLANCA.

Las reglas que me recitaba una sonriente enfermera antes del tratamiento eran: “No están permitidas las dentaduras postizas ni prótesis dentales móviles, las joyas, los lentes de contacto, las uñas pintadas ni el spray o gel de cabello”.

Después, me calzaban unos zapatos de suela de goma, me llevaban a una habitación, pintada en tonos pastel, en la que cinco camas separadas por un biombo se desplegaban en medio de un silencio atronador. Durante la mañana de cualquier día hábil, las cinco camas estaban todo el tiempo ocupadas por quienes esperábamos el tratamiento o se estaban recuperando de sus efectos.

SE SIENTA EN LA FALDA DE BRECHT ENTRE EL PÚBLICO MIENTRAS HABLA. ÉL LA ACARICIA.

La ceremonia era larga pero simple: Me acostaban en la cama asignada; una enfermera auscultaba mi corazón, medía la presión arterial mientras me interrogaba sobre eventuales dolores o malestares. Después, llegaba el psiquiatra que me llevaba hasta otra habitación, más pequeña y opaca, en la que sólo había una cama y dos aparatos grises y viejos en la cabecera. El que se usaba primero servía para hacer un electrocardiograma y el otro, el protagonista, se utilizaba a continuación. Recién entonces, el psiquiatra me desnudaba, apoyaba las dos extremidades con forma de mancuernas del segundo aparato en mis sienes o en la frente. La conexión no se hacía sino hasta después de 10 segundos, durante los cuales, mientras permanecía atada a la cama, llegaba la convulsión esperada. Me rechinaban los dientes, se me arqueaba la espalda, se me electrizaban todos los pelos del cuerpo y la vista se nublaba, aunque igual era imposible mantener los ojos abiertos. A veces te orinabas encima, otras te excitabas pero siempre era inmensamente doloroso. Todo esto duraba 15 o 20 minutos en donde el ritual se repetía una y otra vez.

SE LEVANTA, VUELVE A ESCENA Y SE QUITA LA BATA.

Al final, me llevaban nuevamente a la habitación de los biombos, me limpiaban, me ponían una bata y me dejaban frente a una bandeja sobre la que me esperaban un té caliente y unas galletas con las que se suponía que debía romper el ayuno iniciado la noche anterior. Les juro que jamás vi a nadie comer o tomar nada luego del tratamiento.

BRECHT HABLA DESDE Y PARA EL PÚBLICO COMO SI ESTUVIERA FRENTE AL COMITÉ DE ACTIVIDADES ANTIAMERICANAS

Bertolt: - Señor presidente, he escuchado a mis colegas decir que ésta pregunta sobre si yo soy ahora, o he sido alguna vez, miembro del Partido Comunista de algún país es inapropiada, pero soy un invitado de este país y no quiero entrar en ninguna disputa legal, de modo que responderé a su pregunta de manera completo y tan bien como pueda.

SE VEN EN LA PROYECCIÓN IMÁGENES DE LOS ARCHIVOS DEL FBI MIENTRAS SEGUÍAN SECRETAMENTE A BRECHT.

SE ESCUCHARÁ DE FONDO EL AUDIO REAL DE LA GRABACIÓN DEL INTERROGATORIO DE BRECHT FRENTE AL COMITÉ.

Ruth: - Brecht fue llamado a declarar el 30 de octubre de 1947 frente al Comité de Actividades Antiamericanas junto a otros 18 escritores, en su mayoría guionistas que luego fueron conocido como "Hollywood 19".

Bertolt: - Sí señor presidente. Es verdad que he escrito un número de poemas, obras de teatro y otros escritos muy revolucionarios. Yo escribí en la lucha contra Hitler, una cantidad de poemas, canciones y obras, que por este motivo, pueden ser considerados, como revolucionarios; porque yo, por supuesto, deseaba el derrocamiento de ese gobierno.

Ruth: - Yo traté de averiguar cuáles eran las películas sospechadas de atentar contra la libertad de la nación por contener posible propaganda comunista. Nadie supo darme una respuesta porque no existían. En cada película donde aparecía un banquero gordo, asqueroso e infame, su mujer al menos tenía que ser una persona estupenda dedicada a socorrer a los pobres. Así se hacía justicia social.

Bertolt: - No; no creo que mis escritos estén basados en la filosofía de Lenin o de Marx, pero por supuesto he estudiado, debí estudiar como dramaturgo que escribe piezas históricas... yo naturalmente tuve que estudiar las ideas de Marx acerca de la historia. No creo que hoy en día se puedan escribir obras inteligentes sin tales estudios. También la historia que se escribe hoy en día está profundamente influida por los estudios de Marx sobre la historia.

Ruth: - Los dieciocho escritores se negaron a responder a la pregunta 66: "¿Es usted comunista?" apelando a la Constitución americana que no permite indagar en la cuestión de las creencias, pero Brecht no pudo apegarse a la constitución dado que era un inmigrante. La revista Life publicó una foto de Brecht envuelto en el humo de su cigarro delante del micrófono.

Al día siguiente del interrogatorio Bertolt tomó un avión y volvió a Europa. Su mujer y su hija se fueron al poco tiempo en barco. Yo llegué a Suiza el 23 de enero del 48 con un cajón repleto de cigarros para Brecht.

En unos meses todos estábamos en Berlín, la última parada de nuestro viaje.

Alemania lo cambió todo y a todos. Fue el lugar en el que perdí irremediablemente a Bertolt, el de la soledad más brutal. Un país arruinado repleto de gente arruinada, destruida como la ciudad de Berlín.

En las calles se veían viejos tirando de carros y los que alguna vez habían sido perseguidos se habían vuelto grandes y poderosos. No dudaban en reventar a bocinazos a un anciano tirando un carro con papas o carbón para calentarse si les impedía el paso. Nadie se bajaba del auto a ayudarlo, a enterarse de la miseria en que vivía. Aunque también era posible que el anciano no quisiera hablar con estos "señores". Obreros berlineses me decían que ellos eran los pesebres en los que esta gente se alimentaba y se ponían gordos. Gracias a ellos tenían esos coches de bocinas estridentes. Lentamente Bert se volvió uno de los tocaban demasiado la bocina.

Por ese entonces los Brecht compraron un gran terreno en Buckow, 50 kms. al este de Berlín donde pasaban los veranos. Yo vivía en una torre que Bertolt puso a mi disposición a 10 minutos caminando de su casa. Pero ya no formaba parte del cotidiano de Bertolt. Estuve sola en tardes interminables, todos los domingos, en navidad, en año nuevo, en mi cumpleaños y en el suyo. Unas pocas veces me dejaron ir con ellos, pero sólo si no desentonaba, si se tenía la seguridad de que no iba a molestar.

TOMA EL TELEFONO Y MARCA UN NÚMERO. SE QUEDA ESCUCHANDO. CORTA.

VUELVE A LLAMAR

Ruth: - Hola. Soy yo. ¿Qué hacías? ¿Cuándo volvés a Berlín? Sí, la estufa funciona bien. Sí, también el baño. ¿No habrá lugar en tu auto para mí? Ah, entiendo. ¿Y en el otro auto? Abarrotado. Bueno, ya veo como me arreglo. Te veo mañana.

Diez minutos caminando y dos en coche era la distancia entre su casa y la mía, pero nos separaban océanos. Casi veinte años de diálogos constantes habían enmudecido entre nosotros.

Una noche en Dinamarca nos quedamos Brecht y yo mirando el cielo estrellado. Bert levantó un dedo hacia arriba y me preguntó: - ¿Ves aquella doble v? Son las cinco estrellas que forman Casiopea. Desde este momento ésa será nuestra constelación, Lai-tu. Nuestros ojos se encontrarán en ella, estemos donde estemos.

De esta manera atrajo él el cielo a la tierra. Nos besamos bajo la Casiopea. Nos dimos un beso fugaz, leve, celeste, un beso estelar, un beso eterno. Entonces supe que era realmente amor.

Brecht me escribiría alguna vez: -Tu amor, podría hacer felices a los cinco continentes de la tierra.

SE SIENTA Y ESCRIBE UNA CARTA DE ESPALDAS A PÚBLICO. SE VE LA ESCRITURA COMO PROYECCIÓN.

Bert. Te escribo porque es la única manera que tengo de tocarte. Entre tanta incertidumbre y tanto ruido me pierdo, me confundo, pero por suerte vuelvo a pensar en vos y aparece tu imagen tan nítida y sonriente como siempre, siempre a tiempo para matar mis fantasmas que son tantos.

Y entonces, despacio vuelvo a ser feliz, recupero las ganas y el aliento y te veo de cerca con los brazos tan abiertos de abrazar para recibirme y quererme, como siempre, como nunca, como puedas, como quieras.

No quiero arruinar la fiesta, tengo los ojos tan llenos de tus ojos que no quiero vaciarlos. Somos lo héroes de una tragedia, somos la resistencia y debemos, por fuerza, amarnos entre nosotros junto a los otros para que nuestro amor sea capaz de devolverle al mundo algo del sentido perdido.

Ruth.

TOMA EL TELEFONO Y MARCA UN NÚMERO. SE QUEDA ESCUCHANDO. CORTA.

Ruth: - Me llamaron loca, suicida, borracha. Brecht y un médico me internaron en mi propia casa. Creían que había intentado suicidarme un día en que completamente borracha de vodka, intenté interpretar a Ofelia en una terraza para retener a Bert a mi lado una noche entera como me prometía desde hacía tanto tiempo. Después tomé unas pastillas para dormir y casi muero. Pero jamás tuve la intención de matarme. Sé que probablemente hablé de suicidio, pero hay una gran diferencia entre una suicida y una borracha. Me considero culpable y eso me produce tanta vergüenza, pero de ninguna manera me quitaría la vida ni ahora ni nunca.

Bertolt: - Voy a decirte algo Ruth, pero necesito que lo escuches y me tomes en serio. Si mañana cayera muerto en plena calle la culpa sería tuya. En el último tiempo me has costado al menos cinco años de vida, envejecí cuidándote.

Ruth: - Él estaba convencido de eso y fue muy amable de su parte decirme lo que estaba pensando. No digo con eso que pretendiese dar a entender que yo le era indiferente, pero los cinco años no los envejeció por mí sino por el trabajo. Si me hubiera dejado ayudarlo, estar

cerca, no hubiera sentido ese peso, ese cansancio que lo fue erosionando lentamente cuando hasta las mismas causas de su lucha se fueron volviendo en su contra.

Quemen todos los libros de historia, lleven una eterna cinta negra en su brazo, sepan que la poesía, aun hoy sigue de luto, el teatro es y seguirá siendo, aunque ya para siempre impregnado de su esencia, apaguen las estrellas de la Casiopea, tachen todas las fechas de los calendarios salvo una.

El catorce de agosto de 1956 Bertolt Brecht muere. No fallece, no se desliza hacia el abismo, no se va de gira. Se muere. Una muerte absurda, contrarrevolucionaria, fascista, una muerte culpable de un inocente. Una muerte a medida como un traje hecho por un gran sastre o un hermoso mueble fabricado con esmero y paciencia por un artesano famoso. Una muerte pretenciosa y burocrática, una muerte de oficinas. Una muerte caliente en medio de guerras frías. Una muerte que se llevó mi vida.

Yo sabía de muertes. Estuve meses en el frente durante la guerra civil española y vi morir a muchos compañeros y sufrí de una forma indescriptible con cada uno. Pero ésta era una muerte diferente, una que llevaré hasta que yo misma esté muerta como un tatuaje nuevo, nítido, colorido y sangrante que supura dolor para siempre.

A partir de allí, solo es tiempo lo que queda. Tiempo sin medida cronológica, tiempo absurdo desordenado y triste. El tiempo que se mide en granos de café, en jugadas de ajedrez, en bocanadas de humo o en vuelos de papel. Tic, tac, tic, tac hace una mirada y en un abrir y cerrar de ojos se descompensa el aire. El tiempo que se mide en granos de arena, en saltos de rana, en esquinas de ayer o en cubitos de hielo. El tiempo que se mide de todas maneras, entre su silencio y el mío.

No se quedó conmigo, no me fui con él. Sigo viva a pesar mío y resistiendo aunque ya sin saber bien qué o porqué. Se me ha negado todo vínculo con el teatro de Brecht y voy envejeciendo sin sentido ni esperanza.

Anoche soñé con él. El techo se hunde y yo me veo ardiendo. Es curioso que lo primero que prende el fuego sea el vello púbico. Puedo apagarlo. Trato de conseguirlo con las dos manos, con la humedad de mi regazo. Elevo la mano derecha, que arde como una antorcha. Le apunto con el índice, a él, que acaba de llegar. Está a unos dos metros y habla con mucha gente. Mira de costado. Escucho algunas frases sueltas. Está hablando de la vida y la muerte de sus obras. Todavía logro alzar una vez más la antorcha, mi mano derecha envuelta en llamas, y lo llamo en un susurro que se pierde en la noche: "Bertolt". Él mira alrededor suyo y recita el poema que me dedicó: "Magnífico aquello que no se vuelve fría ceniza cuando el fuego lo devora

hermosamente. Para mí, sos valiosa hermana mía, ardiendo sin llegar a consumirte” Después me mira de forma amenazadora y me dice: “La fría ceniza no me sirve”.

Yo intento en vano hacerle señas: En la Casiopea falta una estrella. Esa estrella es precisamente el astro que me alcanzó con su fuego. Él se limita a agitar la cabeza y no se digna ni siquiera a levantar la vista al cielo. Cree sin duda una vez más que estoy loca. Entonces alguien lo toma por el brazo y le dice: Andá a buscar a los bomberos. Sólo los bomberos pueden hacer algo. Cuando algo arde hay que llamar a los bomberos. Vos no podés hacer nada.

Entonces alcanzo a ver cómo da la orden de que alguien vaya a llamar a los bomberos. Y cae de Casiopea una segunda estrella, pero para entonces ya habían llegado los bomberos, me habían sacado del lugar y me habían cubierto con una manta.

Solo quedó un humo negro de aquél fuego, uno dulce y aromático. El humo de mi cuerpo y el de su cigarro formando en el aire una figura efímera pero indisoluble. Hay que desear junto a aquellos que arden. Hay que arder junto a aquellos que desean. Finalmente estamos unidos de tal forma, que nadie, ni siquiera nosotros mismos, seríamos capaces de distinguir a uno del otro.

Fabián Politis
Junio de 2015